

nos ha dado el verdadero signo, el verdadero criterio con que podemos distinguir la cizaña del buen grano, los mercaderes y los ladrones de los verdaderos pastores, las ovejas de los lobos, el error de la verdad, las vanas opiniones del hombre de las verdades divinas, la verdadera Iglesia de Jesucristo de las sectas y de los conciliábulos del diablo, los verdaderos ministros del Evangelio de los impostores, apóstoles del vicio y las pasiones.

¡Cuán terribles y humillantes son para los herejes esas palabras del Señor! Escuchadlas, pues, oh vosotros que teneis la desgracia de profesar las doctrinas de la herejía; sois árboles estériles ó degenerados que no pueden producir nada ó producen frutos desmedrados, ásperos y venenosos, que no pueden agradar al Maestro soberano ni tienen mérito alguno para la vida eterna. Así, todo el bien que haceis, todas las virtudes que practicáis, excepto la oración para convertirlos, que sólo puede producir un efecto, todo lo demás es un supérfluo cuidado, un esfuerzo inútil para la eternidad; del racimo del error en que os colocáis no podréis sacar ningun jugo saludable; sin la verdadera fe, nada puede hacerlos agradables á Dios (1).

¡Sois probos! ¿Pero qué prueba eso? Dice un intérprete. El mono tiene miembros semejantes á los del hombre, é imita al hombre en todo. ¿Diréis por eso que es un hombre? (2). Lo mismo vosotros, desgraciados, todo lo que haceis de bueno lo habeis tomado del verdadero Cristianismo, de la verdadera Iglesia; pero no por eso podrá la verdadera Iglesia reconocer que pertenecéis á ella (3).

¡Cuán consolador es para nosotros ese carácter distintivo! Cuando vemos que desde Lutero, Calvino y Enrique VIII, hasta esos dos miserables sacerdotes apóstatas Ronge y Cherski, que en nuestros días se han hecho predicadores y apóstoles de nuevas doctrinas; cuando vemos hollar juramentos sagrados, votos solemnes, para hundirse en el fango del adulterio y del incesto; alentar el orgullo proclamando como un derecho la rebeldía contra los pastores de la Iglesia; fomentar la lujuria á la sombra de

(1) Sine fide impossibile est placere Deo. (*Hebr.*, xi.)

(2) Simia hominis habet membra et per omnia hominem imitatur; numquid propterea dicenda est homo? (*Auct. op. imp. in Matth.*)

(3) Sic hæretici omnia Ecclesiæ habent, sed non sunt Ecclesia. (*Auct. op. imperf. in Matth.*)

casamientos sacrílegos, de concubinajes desvergonzados, porque tales han sido los frutos de las doctrinas predicadas fuera de la Iglesia católica; cuando vemos que todos esos frutos venenosos y deletéreos son siempre el producto natural de semejantes doctrinas, ¡ah! tenemos bastante, no necesitamos más para persuadirnos de que no son santas, de que no son divinas. «Todo mal árbol da malos frutos.»

Cuando vemos que la herejía, satisfecha por contar con *honradas gentes*, no ha producido jamás ni se atreve á lisonjearse de producir santos, y que ha perdido hasta el nombre y hasta la idea de la verdadera santidad; cuando vemos que la santidad verdadera, el verdadero ascetismo, la verdadera piedad, frutos preciosos de la cruz, no se encuentran más que en la Iglesia católica, y que únicamente á la sombra de la cátedra de San Pedro, únicamente en el suelo católico, gracias á la cultura de los pastores, de los ministros, de los predicadores católicos, ha sido dado ver esas plantas evangélicas germinar y multiplicarse en toda su abundancia, en toda su belleza, en toda su dulzura; cuando vemos que sólo la doctrina católica forma los santos, predica y persuade la virginidad más inmaculada, la humildad más sincera, el desinterés, el desprendimiento más absoluto, la probidad más austera, la caridad más generosa, la fe, la piedad más perfecta; cuando vemos que todos los preceptos, todos los consejos, todas las más sublimes virtudes del Evangelio no se encuentran más que en la Iglesia católica de los apóstoles que las enseñan, de los doctores que las persuaden, de los sectarios que las practican, de los mártires que las confirman á costa de su vida y de su sangre, no queremos otra cosa para conocer, para creer que el árbol que produce tales frutos es bueno, que la doctrina católica es verdadera, santa y divina: «El buen árbol da buenos frutos.»

Es verdad que todos los católicos no son santos, así como todos los herejes no son execrables. Pero el carácter de las doctrinas no debe apreciarse por sus efectos parciales, accidentales, excepcionales, extraordinarios, pasajeros; sino por sus efectos necesarios, naturales, constantes, uniformes. Además es evidente que un católico que practique la doctrina del Evangelio, según la enseña la Iglesia católica, que haga uso de los medios que la misma indica, que ponga en ejercicio las prácticas que ella inculca, será necesariamente un perfecto cristiano, un santo, un

ángel. Por el contrario, es evidente que un discípulo de Lutero y de Calvino que tome al pié de la letra la doctrina de estos maestros, sobre el defecto del libre albedrío en el hombre, sobre la inutilidad de las buenas obras para la salud, sobre la imposibilidad de condenarse un cristiano, sean cualesquiera sus excesos, sobre el derecho que tiene el marido de vivir indiferentemente con su esposa ó su sierva, sobre la esencia del Cristianismo consistente en creer lo que á cada cual le plazca y vivir como mejor lo crea, es, repito, evidente que un cristiano que arregla su vida á tales doctrinas, acabará por perder toda fe, toda religion, todo sentimiento moral y virtuoso, llegando á ser un perfecto malvado, un monstruo, un demonio. Es evidente, pues, que así como el católico no es malo sino en tanto que se pone en oposicion con la fe que profesa, el hereje no es bueno sino cuando se pone en contradiccion con las opiniones que forman su símbolo. Luégo, áun cuando haya excepciones en todos tiempos y en todas partes, es cierto que así como la doctrina católica practicada por ella misma produce siempre y necesariamente la santidad, así la doctrina herética, practicada tambien en toda la extension de la letra, produce la inmortalidad; por consecuencia sólo la doctrina católica es el buen árbol plantado por la mano del Padre celeste, y la doctrina herética es el mal árbol plantado por el demonio, el padre de la mentira. Sí, tenemos completa certidumbre, puesto que vemos las puras y santas virtudes que nacen del primero de los árboles, y los vicios de todas clases que, con el sensualismo más abyecto, son la florescencia del segundo.

Tambien el Señor, no contento con habernos pintado á los profesores del error y de la corrupcion, y habernos dado las verdaderas señales para distinguirlos, nos advirtió la necesidad en que estamos de huir de ellos, dirigiéndonos estas palabras misteriosas: «¿Por ventura cogen uvas de los espinos ó higos de los abrojos?» (1).

Bajo el símbolo de los espinos y los abrojos, el Señor, dice Orígenes, nos ha señalado con mucha razon á los hombres sin religion, sin fe, sin conciencia, á los predicadores de la incredu-

(1) Numquid colligunt de spinis uvas, aut de tribulis ficus? (*Mattheus*, VII.)

lidad, de la herejía, del indiferentismo, del libertinaje, porque todos ellos pueden inferir moralmente picaduras peligrosas, herir, desgarrar, matar las almas con su malignidad y su impiedad (1). Y al contrario, dice otro intérprete, las uvas hacen alusion al misterio de Jesucristo, y el higo al misterio de la Iglesia (2). Porque así como el racimo se compone de muchos granos, así Jesucristo tiene la multitud de los fieles adheridos á la madera de la cruz (3). Y así como el higo reúne muchos granos de diversos colores en su interior dulce como la miel, y los tiene encerrados en una misma cubierta, así la Iglesia tiene encerrados en la misma unidad á los fieles del mundo entero, unidos con el dulce abrazo de la caridad cristiana (4).

Luego advirtiéndonos que ni los espinos producen uvas ni los abrojos higos, el Señor ha significado que los verdaderos discípulos de Jesucristo, los verdaderos hijos de la Iglesia, así como no pueden formarse en la escuela de los impíos, de los herejes, deben tambien evitar cuidadosamente su trato y su compañía. Porque, dice tambien Orígenes, así como los espinos enganchan y desgarran todo lo que se les acerca, así esos hombres atraen las almas simples y débiles que encuentran á su paso, para despojarlas de su fe y de su virtud, y para perderlas (5).

No os hagais ilusiones diciendo: Mi fe es ardiente y verdadera; mi resolucion de morir cristiano es demasiado firme. ¡Ay! dice Orígenes, ¿es posible acercar la mano á los espinos sin que sea desgarrada y ensangrentada? (6). Pues no es ménos imposible que un cristiano que trate con los impíos, los hombres sin moralidad, deje de encontrarse más ó ménos tarde con su inteli-

(1) Merito Dominus omnes infideles et hæreticus et male viventes spinas et tribulos appellavit in asperitate, in stimulis, in amaritudine, in malignitate, in impietate. (*Orig.*)

(2) Uva mysterium habet Christi, ficus Ecclesiæ. (*Auct. op. imp. in Matth.*)

(3) Sicut botrus multa in se grana ligno mediante suspendit, ita Christus multos fideles sustinet adjunctos per lignum crucis. (*Ibid.*)

(4) Sicut ficus multa grana sub uno tegmine tenet inclusa; sic multos fideles dulci charitatis amplexu tenet Ecclesia. (*Ibid.*)

(5) Sicut tribuli et spinæ omnia quæcumque capere possunt detinent et conscindunt; ita isti quidquid apprehendere possunt attrahunt et diripiunt. (*Orig.*)

(6) Quis ad spinas mittens manum non dilaceratur? (*Ibid.*)

gencia oscurecida, y emponzoñado su corazón. San Pedro, como lo hace observar San Ambrosio, había reconocido á Jesucristo Hijo de Dios cuando estaba entre los discípulos, y lo negó con cobardía cuando se expuso temerariamente á hablar con los enemigos de Dios en el pretorio (1).

Los animales inofensivos reposan á la sombra de los grandes árboles, en tanto que las serpientes se ocultan bajo los espinos y abrojos (2). Los hombres profanos sin religion y sin moralidad, ó de religion errónea y sospechosas costumbres, son verdaderos abrojos donde sólo se encuentran espinos que desgarran y serpientes llenas de veneno que dan la muerte. Así como del rostro, de los ojos, de la boca y de toda la persona de los hombres puros, religiosos y santos traspasa una emanación celeste que se insinúa dulcemente en el corazón y atrae hácia Dios; así del rostro, de los ojos, de toda la persona de los pecadores y de los impíos se escapa una exhalación infernal que insensiblemente ciega el espíritu, corrompe el corazón y aleja de Dios. Así como en el trato con los santos se gana siempre, no puede dejar de perderse en el trato con los malos; de éstos se aparta uno siempre ménos hombre; de aquéllos siempre más cristiano. Dadme un hombre lo más impío, lo más execrable posible, y haced que frecuente algun tiempo el trato íntimo y familiar de personas verdaderamente religiosas y santas, y es imposible que con el tiempo no llegue á ser mejor. Por el contrario, dadme el hombre más puro, el más religioso que haya en el mundo, y ponedlo en el caso de tratar íntimamente con hombres irreligiosos é impúdicos, y es muy difícil que á la larga no sienta apagarse en sí mismo el amor de Dios, el placer de las buenas obras, la delicadeza de la fe, el espíritu de piedad, de reserva, de candor, y que no concluya por ser un hombre sin religion ni buenas costumbres. No hay, pues, otro medio para conservarse religioso y santo, honrado y púdico, que el de huir la conversacion, la sociedad, la amistad de los falsos profetas, de los profesores de doctrinas erróneas, libres y libertinas. Entónces se les tomara por árboles útiles, y no son más que plantas venenosas, abrojos llenos de

(1) In prætorio negavit quem inter discipulos confessus est. (S. Ambrosius.)

(2) Sub arbore bona omnia animantia requiescunt, sub spinis, non nisi serpentes. (S. Joan. Chrys.)

espinas y arbustos dañosos. Se les tomara por inocentes cordeiros y mansas ovejas, y no son más que lobos rapaces. Tienen el aire de estar animados de intenciones las más puras, y no tienen más que un objeto, el de inmolar vuestras almas á sus miras criminales: *Ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.*

Empero no siempre es posible desembarazarse de esos hombres perniciosos y funestos. Las conveniencias sociales, el interés, la caridad, también imponen deberes. Á ese pretexto responderé en el segundo punto.

SEGUNDO PUNTO. Hay quien se aperciba de que ese extranjero, ese protector, ese amigo de la casa profesa máximas erróneas ó sospechosas, tiene costumbres un poco libres, y que en verdad no tiene religion ni pudor. ¿Pero cómo hacer para echarlo de la casa? No es necesario, despues de todo, ser inconveniente ni impolítico. No convengo: no es de ningun modo necesario ser inconveniente ni impolítico. Pero si alguno, sin demasiada mala intención, falta al respeto, no digo á vuestra persona directamente, sino á vuestra casa, á vuestro nombre; si alguno tiene la desgracia, con una palabra, con una broma, muchas veces inocente, de molestaros, de desagradaros, ¿no lo mirais como un enemigo? ¿Y á despecho de las conveniencias y de la cortesía, no encontrais medio de hacerle comprender que vuestra casa, vuestra sociedad no está para él? ¿Por qué, pues, oh desgraciados cristianos, osais invocar las conveniencias para evitar deshaceros de una persona que pone en peligro la fe, la piedad, el pudor de vuestra compañera, de vuestros hijos y de vuestros criados, cuando en seguida estais tan prontos á pasar por encima de esas conveniencias, á hollar toda política cuando se trata de satisfacer vuestra vanidad, vuestro orgullo, vuestras susceptibilidades, vuestros caprichos? ¿Cómo os arriesgais á ofender á Dios por no desagradar á un hombre?

Pero la caridad cristiana, diréis, ¿no nos obliga á la indulgencia, á la compasión por esa alma extraviada por el error ó degradada por el vicio? ¡Ah, sí! La caridad nos obliga á hacer bien á los demás, pero sin dañarnos á nosotros mismos; y es una locura, presunción ó tontería querer lisonjearse de ganar el alma de otro exponiéndose uno á perder la suya. San Juan Evangelista era el más tierno, indulgente y compasivo de los hombres; fué Apóstol y Evangelista de la caridad, y sin embargo, nos manda cortar toda clase de relaciones y comercio, hasta rehusar el salu-

do de los maestros, de los doctores de la herejía y el pecado (1); y dándonos el ejemplo con el precepto, un día, al saber que se encontraba en el lugar donde él estaba el hereje Cerinto, enemigo de la divinidad de Jesucristo, se alejó diciendo que no quería encontrarse un instante bajo el mismo techo con semejante hombre.

Pero ¿y el interés de la familia? ¿Habré de indisponerme con este hombre que me socorre, este protector que me defiende, este juez que debe fallar en mi pleito, este amigo que me presta tan grandes servicios, que me prodiga sus regalos? — Así es preciso, no hay otro remedio: es menester hacer ese sacrificio para salvarse, porque el Señor ha anunciado la desgracia y la calamidad á todo el que no se aleje de cuanto pueda serle ocasión de escándalo (2). Nos ha mandado arrancar el ojo, cortarnos la mano ó el pié, es decir, separarnos del amigo, del pariente peligroso para la salud del alma, aunque nos fuese tan necesario como los ojos para ver, las manos para trabajar, los piés para andar; porque es mejor, añade, perder los miembros más necesarios, es decir, los amigos y parientes que nos son útiles para los intereses del cuerpo, y entrar en la mansión de la vida eterna, que conservar esos miembros y vernos, cuerpo y alma, precipitados en el fuego eterno (3). Por otra parte, hombres de poca fe, ¿acaso si nos falta el hombre no nos queda Dios? ¿No podrá Dios, no querrá compensar sobradamente por otros medios todas las miserables ventajas que sacrificais con la mira de serle fieles, de no desobedecerle ni ofenderle? ¿Es tampoco digno de un cristiano, de un hombre, comprar á precio de su alma las ventajas del cuerpo, procurar el aumento de los intereses de la familia, dejando que se extinga la religión y el pudor? Y, en fin, ¿Dios no deberá por su justicia insultada, su providencia ultrajada dejar marchar los acontecimientos y confundir todos esos cálculos sacrílegos que tienden á hacer la fortuna y á buscar apoyo y protección en los pecadores y en los impíos?

¡Ay! ¡Insensata especulación que busca las ventajas del tiempo á costa de los grandes intereses de la eternidad! Ese es el pe-

(1) *Nec ave ei dixeritis.* (II, *Joan.*, v.)

(2) *Vae mundo à scandalis.* (*Matth.*, xviii.)

(3) *Bonum tibi est ad vitam ingredi debilem vel claudum, quam duas manus habentem mitti in ignem æternum.* (*Matth.*, v.)

cado de los judíos que traerá sobre vosotros el mismo castigo. Como ellos, vosotros también, por el temor de perder alguna miserable ventaja temporal, arriesgais la posesión de la gracia de Dios, la religión y la vida eterna. En vosotros se cumplirá lo que dijo San Agustín haberse cumplido en los judíos, perdiéndolo todo á la vez, los bienes del presente y los de lo porvenir (1).

Tomemos, pues, una resolución firme; renunciemos á toda amistad, á todo lazo con los impíos; hagámosles comprender que no está abierta para ellos nuestra casa: *Attendite à falsis prophetis.* Estemos seguros que si simpatizamos con ellos Dios no nos amará; que ellos son las verdaderas pestes para las familias; que mezclándose en vuestras conversaciones y en vuestros negocios, no ostraerán más que maldiciones de Dios, y que comprometerán todos vuestros intereses, hasta los temporales, y ese mismo decoro, esas conveniencias exteriores, esa paz de la familia que habeis querido salvar, sin que ellos renuncien á hacer su presa en vuestras almas, á corromperlas, á darles la muerte, á perderlas para siempre: *Principes ejus in medio illius quasi rapientes prædam ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.* Que la gracia de Dios aparte lejos de vosotros semejantes males, y os mantenga siempre bajo la guarda y la vigilancia del verdadero pastor y guardian de vuestras almas. Así sea.

## OTRO EXORDIO

PARA LA HOMILÍA DIEZ Y OCHO.

Es una verdad de fe cuya revelación nos ha hecho el Espíritu Santo por medio del apóstol San Pablo, que el Redentor del mundo, por su pasión y muerte en la cruz, triunfó en Él mismo, no solamente del pecado, sino del demonio, primer autor é introduccion del pecado en el mundo, despojándolo del derecho fu-

(1) *Temporalia amittere timuerunt et vitam æternam non cogitaverunt; et sic utrumque amiserunt.* (*S. Aug.*)

nesto que habia conquistado sobre Adan, derecho en virtud del cual pretendia tratar á todos los hombres como á sus viles esclavos (1).

Pero, dice San Leon, el demonio, por haber perdido el derecho de tiranizar al género humano, no ha depuesto su aborrecimiento y odiosa intencion de hacernos todo género de males; no ha hecho más que cambiar de sistema para dañarnos, pero no ha cambiado la naturaleza de su intencion (2). Aún hoy, despues de la victoria de Jesucristo, los príncipes de las tinieblas son todavía, despues de tantos siglos, como el profeta Ezequiel los habia descrito; es decir, lobos crueles que andan á nuestro alrededor y en medio de nosotros para hacer presa de nuestras almas, redimidas á precio de la sangre de Dios, é inmolarlas á su infernal voracidad: *Principes ejus in medio illius quasi lupi sapientes prædam, ad effundendum sanguinem, ad perdendas animas.*

Solamente que, como el demonio no podria por sí solo sorprendernos, engañarnos y perdernos, sabe, dice San Juan Crisóstomo, elegir entre los hombres sus ministros y satélites, que secundando sus miras, ejecuten sus planes y acaben su obra; así que esos hombres, lo mismo que el demonio que los inspira, los anima y los lanza entre nosotros, son lobos rapaces que se afanan en la perversion de las conciencias y en la ruina de las almas: *Principes ejus, etc.*

Contra esos satélites del demonio nos exhorta el Señor á guardarnos, cuando nos refiere la parábola de los lobos rapaces cubiertos con la piel del cordero, dándonos señales para que los reconozcamos, y encareciéndonos cuánto nos importa huir de ellos. Así, pues, no debemos perder ninguna de las preciosas instrucciones del Salvador; y entro inmediatamente en materia.

(1) Expolians principatus et potestates, palam triumphans illos in semetipso. (*Colos.*, II.)

(2) Non deposuit odium, sed vertit ingenium. (*S. Leo.*)

## DÉCIMANOVENA HOMILIA.

EL SIERVO PRUDENTE Y FIEL,

Ó LAS GRANDEZAS DE SAN JOSÉ.

*Quid putas est fidelis servus et prudens quem constituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore. Beatus ille servus, quem cum venerit dominus ejus invenerit sic facientem! Amen dico vobis quia super omnia bona sua constituet eum. (MATH. XXIV.)*

¿Quién creéis que es el siervo fiel y prudente á quien su señor puso sobre su familia para que les dé de comer á tiempo? Bienaventurado aquel siervo á quien hallare su señor así haciendo cuando viniere. En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes.

Todo es grande, extraordinario, sublime en los tres personajes que componen sobre la tierra la Santa Familia del Salvador del mundo. Despues de la Trinidad celeste, Padre, Hijo y Espíritu Santo, nada es más misterioso, más augusto que la Trinidad terrestre: Jesucristo, María y José. Jesucristo es Hombre sin dejar de ser Dios, María es Madre sin dejar de ser Virgen, José es esposo sin dejar de ser casto.

Jesucristo es Hijo sin haber tenido padre en la tierra; María es Madre sin haber tenido nunca esposo; José es padre sin haber tenido hijo. Y sin embargo, Jesucristo, sin haber tenido un hombre por padre, es verdaderamente Hijo del hombre; María, sin haber conocido nunca varon, ha sido fecunda; José, sin haber tenido generacion carnal, tiene un Hijo que es Dios.

Divinidad y humanidad en Jesucristo, ¡qué misterio! Maternidad y virginidad en María, ¡qué prodigio! Continencia y paternidad en José, ¡qué arcano!

¿No es posible que parezca que la parte de dignidad y de grandeza en esta augusta é inefable Trinidad es, en lo que toca á José, demasiado pequeña y casi imperceptible? Porque si es